

Los niños y el confinamiento

Por Alejandra Ríos y Mateo Navia***

(Valencia, 7 de abril de 2020)



* Candidata a doctora en Ciencia Política, magíster en Filosofía Política de la Universidad de Antioquia y profesora de la Universidad EAFIT.

Correo: ariosram@eafit.edu.co

** Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, y escritor.

Correo: ultimaletra@gmail.com

En los días posteriores al 14 de marzo, cuando fueron decretados el estado de alarma y el confinamiento en España, nos enteramos por varios padres y madres de la ansiedad, e incluso del temor que les producía la perspectiva de pasar tantas horas con sus hijos en casa. ¿Qué iban a hacer con ellos todo el día? ¿Cómo continuarían con sus actividades laborales? ¿Cómo manejarían el estrés de los niños ante la imposibilidad de salir y de jugar en un parque? Nosotros mismos nos hicimos estas preguntas y, con humor, pensamos que era importante tener una rueda de hámster para nuestro hijo. No nos malinterpreten. La rueda de hámster es una metáfora que utilizamos para explicar la necesidad que tienen los niños de una adecuada actividad física y emocional. Sobre todo, en este momento, en el que la casa se convierte, en su totalidad, en el mundo al que pertenecen: el colegio, el parque, la librería, el teatro, el restaurante, el cine, la casa de los abuelos, el centro comercial y sus juegos, que, en muchos casos, cumplen la misma función que la rueda de hámster.

Desde el día uno del confinamiento, consignamos en una hoja de papel lo que sería el horario de actividades para nuestro hijo y para nosotros. Muy serios y disciplinados sujetamos esta esperanza de “normalidad” con imanes a la nevera. Con

aquella hoja de papel estábamos más que preparados para hacerle frente a buena parte del estrés y la desorientación que produce el encierro prolongado. En ella nos trazamos la rutina que seguiríamos cada día, la rueda de hámster: correr por la casa, saltar a la cuerda, recoger una hilera larga de naranjas de la cocina a la sala, pasar en cuatro patas por encima de las naranjas hasta llegar al lugar de inicio de la hilera de las frutas, estiramientos, abdominales, ejercicios de equilibrio, kung-fu, y para terminar la jornada deportiva, una meditación zen que, con nuestro hijo, alcanza a durar, máximo, tres minutos. También, como parte de la rutina, establecimos un momento para una alimentación sana y adecuada a las circunstancias: mucha agua, zumos, bebidas aromáticas, muchas verduras; comida preparada en casa. Luego, juego libre: cada uno a lo suyo, en lo posible, porque como bien saben, los niños y las niñas pequeños todavía no reconocen muy bien que el tiempo de sus padres o el de los adultos no es de ellos. Actividades creativas: manualidades, pintura, dibujo, tejido. Esto funciona muy bien, salvo porque luego la casa queda como si hubieran estado de fiesta diez niños juntos. Para terminar el día: unos cuantos videos o una película corta para el niño. Luego cena, y a dormir.

Más de veinte días después, y todavía con el plan de vida para el confinamiento pegado a la nevera, debemos decir que no hemos cumplido con el horario todos los días, ni con la rutina de ejercicios. A veces comemos pizza viendo una película infantil o el Circo del Sol. Y varias noches terminamos

tan agotados que ni energía nos queda para trabajar luego de que el niño se duerme. En el transcurso del encierro hemos llegado a la conclusión de que estos días inéditos, que nosotros mismos estamos en tránsito de asimilar, no pueden reemplazar el mundo externo en el que nos desplegamos diariamente. No podemos, no queremos, y por ello nosotros no debemos pretender que el colegio, el teatro, el parque, el centro comercial, el cine, la casa de los familiares entren a nuestra casa completamente. ¡Es que no hay espacio para tanto mundo! Por ello, fuimos matizando nuestras expectativas que, por supuesto, se correspondían con nuestros temores, y con las sugerencias de buena “gestión” del confinamiento, y decidimos no sobrecargarnos con una disciplina férrea. Nos dimos cuenta de que nuestro hijo se la pasa muy bien con pocas cosas, por lo general con las mismas.

De allí que fuese más natural avanzar en el día a día observando a nuestro hijo y escuchando sus demandas, aunque sin desechar las palabras de su profesora: “Las rutinas son indispensables para los niños”. En efecto, nuestro hijo tiene cuatro años y medio, o “casi cinco”, como presume, y necesita continuar ejercitándose, jugando solo o acompañado, y realizando manualidades. Pero, sin que la profesora se enterara, aprendimos que en estos casos de confinamiento lo importante no es solo lo que podemos enseñarle a nuestro hijo, sino lo que él nos enseña, aun sin saberlo. Y es que, si tenemos ojos para ver y oídos para escuchar a nuestros hijos, es evidente que desde que abren los ojos en la mañana están pidiendo lo

mismo que la mañana anterior, y que luego vuelven a pedir lo mismo a la hora de la comida, el mismo juego, la misma travesura. En la noche, además, el mismo cuento. Como dice la escritora colombiana Yolanda Reyes: “Los niños son hijos del ¡otra vez!”. Sí, los niños no saben del ritmo o de las rutinas, ellos mismos son ritmo y compás y repetición. Es lo que los hace sentirse seguros, confiados y tranquilos.

Durante la primera infancia, los niños son indiferentes al mundo exterior porque los soporta su mundo imaginario. Justamente, su mundo imaginario se nutre del presente, del ahora; de allí que su forma de vivirlo sea profundamente intensa. Parafraseando al escritor venezolano Antonio López Ortega, los niños “se distraen con cualquier cosa, porque cada día es como una vida nueva”. Lo que queremos decir es que antes de los siete años, los niños no vuelcan su pensamiento hacia delante o hacia atrás, hacia el futuro o el pasado. Cual maestros de zen, tienen la capacidad de vivir y experimentar el presente, lo cual les permite poner en suspenso lo que va antes o después.

Esa capacidad de hacer de cada día una aventura, por lo general la misma del día anterior, pero con una intensidad tenaz, hace que los niños y las niñas sean, creemos nosotros, más capaces de llevar el encierro que los adultos. De hecho, somos del parecer de que los adultos, si tienen la paciencia suficiente, no una infinita sino solo la adecuada, son los llamados a ser la rueda de hámster de los niños. Es decir, aquellos con quienes nuestros hijos puedan vivir y aprender lo que necesitan en este

momento crucial. Nuestra orientación, nuestra capacidad de subir el ritmo, pero sobre todo de disminuirlo y darles calma, es una responsabilidad ineludible en este momento en el que el mundo ya no es como era hace pocos meses.

Y porque el mundo al que saldremos luego del confinamiento no será el mismo, no sabemos si mejor o peor, nuestro deber es aprender de nuestros hijos, ser capaces de reconocer que sin nosotros ellos no pueden sobrevivir, pero también que nosotros sin ellos corremos el riesgo de olvidar cómo vivir.

